



Inolvidable debut de un gran talento

La Orquesta Sinfónica de Chile tuvo una brillante fecha con el joven director chileno Helmuth Reichel en el podio, la llamativa presencia del violinista Alexander Markov, y un redondo programa que incluyó un homenaje a la compositora Leni Alexander.

Por Álvaro Gallegos

Tras un desigual programa con obras de Wagner, Strauss y John Rutter, la Orquesta Sinfónica de Chile volvió a alcanzar las alturas de la excelencia artística. Y lo hizo de la mano de Helmuth Reichel, joven director chileno que a sus 33 años sin duda ocupará un lugar de importancia en nuestro medio musical. Y joven también fue buena parte de la audiencia que ocupó las butacas del teatro del CEAC, la que se expuso a un gratísimo encuentro con la música, llevado a cabo en tres cuadros, tres etapas donde cada una otorgó a los presentes profusión de belleza musical desde distintos ángulos para dar con una experiencia muy completa.

Tres cuadros dijimos, y en el primero, un homenaje pendiente. Hace veinte años que la OSCH no interpretaba nada de la compositora Leni Alexander, una de las más notables creadoras musicales del país. La que cooperó decididamente en la absorción de las nuevas técnicas compositivas del siglo XX en el país. La que se codeaba con John Cage, Bruno Maderna y Dmitri Mitropoulos. La que escribió música de alto contenido emocional y de un sorprendente ingenio. Tras su muerte hace once años, ya extrañaba la ausencia de su nombre en los programas del CEAC, pero finalmente se programó su Divertimento Rítmico, obra de 1956 pero que hoy suena fresca y donde aflora una faceta más lúdica de la compositora. Irresistibles patrones rítmicos sustentan la pieza, comenzando por las percusiones, y pasando por las distintas familias, con secciones que utilizan distintos grupos de instrumentos. Alexander, quien no escondía su sentir a la hora de escribir música, otorga contraste en una expresiva sección central, la que con facilidad empalma en una recapitulación de la parte inicial. En cada segundo se notó el trabajo comprometido de Reichel al buscar la exactitud dinámica y la claridad sonora, en lo que bien podría ser una de las mejores interpretaciones de una obra chilena por la OSCH en tanto tiempo. Ojalá no tenga que pasar tanto tiempo para escuchar una obra sinfónica de esta gran compositora.

Acto seguido, el hermosísimo Concierto para Violín de Alexander Glazunov, que hacía falta en una escena que suele darse vuelta en las equiparables obras de Mendelssohn o Tchaikovsky. El afamado ruso-estadounidense Alexander Markov fue el gancho especial para esta obra, dado los pergaminos asociados a su nombre. Aunque partió de manera correcta, más que impactante, fue a contar de la cadenza que pudimos apreciar la elevada técnica del músico. A eso sumemos el impoluto acompañamiento orquestal de Reichel y la OSCH, que fueron cruciales para esta impactante interpretación, llena de vitalidad, emociones, y donde la riqueza melódica de la partitura brotaba a borbotones.

Y como tercera parte de una velada épica a estas alturas, orquesta y maestro se enfrascaron en una inspiradora interpretación de “Scheherazade” de Rimsky-Korsakov. Siendo una pieza tan conocida, y tan interpretada por la OSCH, fue aquí que se pudo terminar de constatar las grandes capacidades de Reichel. Con candor, pero también con inexorable determinación, el director chileno fue un modélico acicate para los músicos, quienes en un aunado trabajo interpretativo entregaron una de sus mejores interpretaciones en lo que va del año. Dado lo que se escuchó en este concierto, esperamos que la OSCH siga dando espacio en sus futuras programaciones a este nuevo gran director chileno.

Álvaro Gallegos M.

06/06/2016

(Radio Beethoven FM)